

Artista polifacética, empresaria aventura, devota esposa y madre (y recientemente abuela), nunca buscó más que el bien y el saber; y eso es lo que, al cumplir 50 años, parece reflejar su mirada profunda, su voz tranquila. Las siguientes páginas quieren, a modo de homenaje, relatar su historia.

Marta Cano

- [Huellas y senderos] -



**Biografías
y Vidas**



**Biografías
y Vidas**

Marta Cano

Editado por
**Biografías
y Vidas**

Av. de la Vía Augusta, 15
08174 Sant Cugat del Vallés
Barcelona (España)
www.biografiasyvidas.com

Ejemplar para distribución privada
Todos los derechos reservados



Fe de Vida, 16



Ésta es la vida de una mujer extraordinaria. No siempre supo lo que quería, y no siempre acertó al elegir el sendero, quizá porque el mundo le parecía demasiado ancho para limitarse; pero aprendió siempre de cada paso dado en falso, se enriqueció en el viaje, y prestó siempre su ayuda a quien fuera que la acompañase.

Artista polifacética, empresaria aventura, devota esposa y madre (y recientemente abuela), nunca buscó más que el bien y el saber; y eso es lo que, al cumplir 50 años, parece reflejar su mirada profunda, su voz tranquila. Las siguientes páginas quieren, a modo de homenaje, relatar su historia.

En los años 50 del pasado siglo, en los pueblos de Teruel, los niños no nacían en los hospitales. El 21 de abril de 1956, a mediodía, Raúl Cano recibió el aviso en el taller mecánico en el que trabajaba: su esposa Águeda se había puesto de parto. El futuro padre corrió precipitadamente no al hospital sino hacia su casa, a la que había llegado ya la comadrona. La experta mujer le mandó esperar fuera de la alcoba, y Raúl Cano encendió un tembloroso cigarrillo. Tras la cuarta calada oyó un agudo llanto. Su impresión fue tal que el cigarrillo se desprendió inadvertidamente de su mano y cayó sobre la alfombra del comedor. El ruedo

de la quemadura se convertiría en el indeleble recordatorio del hecho: su hija mayor, contaría siempre Raúl, había nacido “en cuatro caladas”.

Marta creció sana y fuerte. Lo que más se recuerda de sus primeros años es que comía que era un gozo. No sólo no había que insistirle, sino que pedía más; pero, comiendo lo que parecía el doble que los otros niños, su peso era el propio de la edad, cosa que preocupó a la primeriza madre. Tranquilizada por los dos médicos del pueblo y por experimentadas madres y abuelas, Águeda terminó tomándose como una gracia más la voracidad de la niña, a la que llamaba “mi preciosa ruina” porque parecía sentir predilección por los alimentos más caros. Quizá por eso no quiso, por el momento, tener más hijos.



Raúl Cano y Águeda Trillo

Lo que siempre distinguió a Marta, ya desde muy pequeña, fue su frenética actividad. Sentía una inmensa curiosidad por todas las cosas y nunca permanecía quieta. No jugaba sólo a cocinas y muñecas, sino a todo lo imaginable; recogía cuanto encontraba por la casa o por la calle y lo transmutaba. Construía casas con cajas de cerillas o animales con tapones y palillos, e inventaba o reinventaba la imprenta (sobre barro), las gafas de sol (con papel de celofán) y el guiñol (tras el ventanuco del retrete). Coleccionaba conchas, sellos, botones y anuncios de remedios contra la calvicie y la obesidad, que recortaba y pegaba en álbumes. Su habitación parecía el Rastro de Madrid, pero un rastro limpio y perfectamente ordenado. Su vida cotidiana era un continuo trajín, un ir siempre arriba y

abajo haciendo y deshaciendo, jugando o ayudando en la casa, hablando con todos, preguntando siempre.

Si algún día de verano dejaba de oírse en la casa a la pequeña Marta, todo el mundo sabía por qué era: estaba mirando las hormigas. En el reducido patio había unos parterres, y en una estrecha grieta junto a ellos había habido desde siempre un hormiguero. Marta podía pasarse dos horas enteras tumbada boca abajo en el suelo, observándolas a ojo limpio o con una lupa. A su madre no le cuadraba esa afición. Un día le dijo:

—No sé cómo puedes estarte tanto rato mirando las hormigas.

—¡Porque no paran! —respondió Marta.

Entre las monjas del colegio de la Carmelitas, Marta tenía fama de alumna



En el colegio de las Carmelitas



Dibujo de la pequeña Marta



La primera comunión

brillante y molesta. En realidad, era molesta porque era brillante. Captaba los conceptos al vuelo y le aburría oírlos más de una vez; y, pese a su pulcritud, acaba de inmediato las tareas, y entonces empezaba a curiosear, a revolotear, a levantarse sin permiso y a hablar más de la cuenta, lo que le valió no pocos castigos. Sólo algunas de las hermanas la entendieron, como la oronda Sor Graciela, y también la inteligente madre superiora. Sor Graciela le mandaba entretenidas tareas adicionales o le hacía limpiar la pizarra o los cristales de las vitrinas de minerales y fósiles. O bien la enviaba a buscar un libro al despacho o a dar un recado a la hermana de otra clase. A Marta le encantaba pasear por aquellos pasillos desiertos, flanqueados por el débil murmullo de las aulas soñolientas.

En casa, la que también la comprendía era

su abuela paterna, Asunción. Al padre, camionero entonces en el TIR, apenas lo veía, y su madre andaba demasiado ocupada en las tareas domésticas propias y de las casas en que servía para completar los modestos ingresos familiares, lastrados por las deudas.



Con la abuela Asunción

Asunción, que rondaba los 70 años cuando nació Marta, no se cansaba nunca de su nieta: escuchaba todas sus historias, se dejaba guiar como una turista en la visita a las colecciones del museo-habitación de la niña y, por si fuera poco, daba a su nieta nuevas ideas y actividades para emprender.

Pellizcándole ambos mofletes, solía decirle:

—¡Ay, mi niña! ¡Que me iré y no podré llevarte conmigo!

Marta le respondió una vez:

—¿Adónde te irás?

—Si Dios quiere, al cielo.

—Bueno. Te veré igual. Con el catalejo.

—Estaré muy arriba —respondió la abuela riéndose—. Pero yo sí que te veré a ti.

Poco después de que Marta cumpliera once años, la abuela cayó enferma. Pasó

varios días con fuerte fiebres. Una mañana, cuando su madre la despertó para ir al colegio, Marta leyó en su rostro que la abuela había muerto. Descalza y en pijama, pese al riguroso invierno, salió al patio y se puso a mirar el cielo. No lloró, no pareció distinta desde entonces, pero de algún modo una etapa de su vida tocaba a su fin.

